Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos digitos hay alli en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de digitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

_	_	_			P	111	H
	6	0	2	8	4	0	-
	8	1	2	3	1	1	
-	6	9	7	0	1	1	
	2	7	3	6	1	2	
	8	6	3	5	0	1	
	2	9	5	6	0	2	
	4	0	2	5	1	0	

RR

HABIA ALGO QUE LE HACIA OLVIDAR AQUELLA FRASE

¿POR QUE SANGRA EL CUERPO?

Página/2/3

Weramo/12



(Por Claudio D. Minghetti) El proyecto estaba aprobado.
"Manos a la obra", dijo. Word Star. "Sencillo pero el de siempre"; Pa-blo siempre fue fiel a su primer amor "pirata". Esta vez era algo grande, una novela que le ocuparía buena parte del disco rígido en el ordena-dor. Esa misma tarde de enero, el médico había sido claro con pocas palabras, las suficientes. "Está juga-do...", sentenció, después de leer el colesterol en sangre. La mano venía brava y, sin embargo, Pablo tiró el diagnóstico y las recetas a la basura. Los cuarenta no habían pasado así como así. Tres divorcios y mu-cho mambo. Noches eternas de máquina de escribir, redacción a la hora de cierre, litros de café y moscato en bares de estación. El promoscato en bares de estación. El pro-yecto estaba aprobado. "Manos a la obra", dijo. "El Word Star, senci-llo." Tecleó C > A: WS NOTITU-LO, el "ábrete sésamo" de progra-ma y archivo. Dio ENTER y empe-zó la faena. Noche l: primer capitu-lo y borrador de dos. Apurado saca cinco cajas llenas de libros a la calle, antes de que pase el camión de Manliba. Noche 2: cuatro de senta-da. Llegó la hora de desalojar la biblioteca grande, con el archivo. Mucho trabajo para los basureros. A la mierda con todo. Noche 3: la cosa viene de diez y se manda otros dos. Van siete y darle al jamón crudo con mayonesa. "Por el golpe de calor" se miente. Noche 4: se trata de trabajo físico. A la calle con la mesa del living y las cinco sillas, con los afiches de películas y los discos. De pa-so también el equipo. Noche 5: "Voy por la mitad y el personaje ya sos-pecha el final", piensa. La decaden-

cia vertiginosa, que le dicen. Dos, uno muy corto (es un recuerdo feliz). Afuera con el dormitorio y la pilcha. "Total es verano", se miente. No-che 6: El régimen sigue a fuerza de conservas y jamón crudo. Afuera con la heladera y los platos Durax. Cuchillo, tenedor y abrelatas, no más. Siente dolor en el brazo izquier-do. "La falta de gimnasia", se mien-te. Noche 7: Un buen final y las hurras. Con más de 400.000 bytes en el disco, la cosa pinta de doscientas páginas. "Best-seller, siempre y cuando tengan cuidado con la tapa", se miente. Le da duro y parejo. Es-cribe el último y graba. Sólo quedan las cosas del baño, la tevé y algún ca-chívache. A la calle con todo. Sólo pan viejo, chizitos y medio jamón pan viejo, chizitos y medio jamon que corta en lonjas de un centíme-tro de espesor. Ahora a la calle con la impresora. Transcribió el rigido a disquetes. Los numeró y ensobró con prolijidad. Uno por uno. Se miró a los ojos, en el espejo esmerilado de la pantalla, y pensó como Kafka: "A partir de cierto momento no hay retorno posible. Ese es el punto al que hay que llegar". Abrió un parénte-sis y dijo: "Adiós" a su imagen di-fusa en el ámbar del menú. "No vol-veremos a vernos." Borró el rigido y salió del sistema. Desenchufó y y saño del sistema. Desenchuto y arrastró el equipo hasta la calle. Vol-vió al living vacio. Escribió "Decá-logo" en la caja con los disquetes. Pero no está convencido y lo tacha. La segunía vez escribio DELETE, el nombre de la función que borra de adelante hacia atrás. Dejó la caja y se puso a comer lo que quedaba del crudo. No le importa nada más. No quiere mirar atrás, ni puede. "Dele-', murmuró y se echó a dormir.







Hepatalgina

ECTURAS-

HABIA ALGO QUE LE HACIA OLVIDAR **AQUELLA FRASE**

Por Daniel Karp

Daniel Karp nació en Buenos Aires el 12 de agosto de 1949. Multifacético, estudió música, arquitectura, dirección teatral y fotografía.

En 1974 comenzó su carrera cinematográfica, en la

arola colgó el auricular del aparato que estaba en el pasillo y entró rápi-damente en el camarín.

—Tu amigo se fue al cine y vuelve dentro de una hora —me dijo. "Mi amigo" es tu marido, le digo. Me revientan las mujeres que dicen

"tu amigo" a su marido.

—Tipico de los matrimonios. Gozan hablando mal del otro en público —comentó Clarita mirándola a través del espejo.

—Yo no sé por qué no se separan.

—A propósito, a vos te parece que tengo que esperarlo. El me dice que va a hablar con su mujer. ¿Vos creés que ella ya sabe?

—Las mujeres nos damos cuenta de todo.

Carola se echó hacia atrás en la silla y es-tiró el brazo hasta alcanzar el vestido que estaba colgado en la puerta de un pequeño roo, a sus espaldas. -¡Puta!, es el segundo par de medias que

rompo en una semana.

—Debieras pasarle la cuenta al productor.

¡Estas sillas deben ser las que su mujer le ti-ra por la cabeza!

-Lo peor es que ahora se me ve la pierna blanca

-Sacate las medias

¡Estás loca! Prefiero zurcirlas, de lejos la gente no ve nada. Odio tener las piernas blancas, pero con estas funciones no tengo

tiempo ni para sentarme en la plaza.

—¿Querés que tomemos otra cerveza?
¡Hace tanto calor!

-Bueno, después de todo el alcohol te hace conformar con menos.

—...Ayer vino Miguel a casa para leerme un texto de Marguerite Duras. Dice que cuando lo leyó por primera vez, se le revolvió el estómago. Quería que lo ensayemos.

-Miguel siempre con esas cosas, no para nunca

—Pero lo peor es que era bueno y me en-ganchó hasta las cinco de la mañana.

Y después va hasta su casa que es tan —Y una se queda preocupada pensando que puede pasarle algo en la ruta. No sé có-

mo su mujer lo soporta, debe ser un ángel... Clarita dio un repentino salto atrás y con

el taco de su zapato aplastó una cucaracha que pasó por debajo de la mesa.

—¿Cómo la viste? Si estabas tan concen-

que trabajó como cameraman y como director de fotografía. Además incursionó en la publicidad y en la televisión. Actualmente prepara un libro de relatos, dos de los cuales se adelantan a continuación.

trada en el espejo.

-Es que las cucarachas me repugnan.
Cuando estuve en Paraguay, todas las noches se paseaban como si tal cosa por el hotel. No podía dormir pensando en que pu-

dieran treparse a la cama... me obsesionan. —¿Sabés qué me contó un tipo el otro día?

—¿Sabés qué me contó un tipo el otro dia?

Clarita miró expectante a través del espejo.

—Estábamos hablando de... ¡no me acuerdo! y de golpe me dice: "Cada vez que entro en el baño y levanto la tapa del inodoro, tengo miedo de que me salte una rata y me muerda el bicho". Me quedé helada.

—Clarita, ¿vos creés que la mujer sabe que del seté ecomino?

él está conmigo?

—No sé... a ver, pensemos al revés. Si vos estás embarazada y tu marido está con otra, ¿te darías cuenta?

Carola se aproximó al espejo, apoyó su de-do índice sobre el párpado superior y lo le-vantó hasta que el ojo le quedó inmensamen-te grande. Tomó un pañuelo de papel y apoyó con cuidado uno de los bordes sobre el globo blanco hasta que una pequeña particula de rimmel se adhirió en él.

-¡Es que me da tanto! -Carola... —la miró durante un instan-

te sin hablar.

—¿Si? —preguntó Carola.

—Creo que sos vos la que da y no él a vos, como decís. Debieras hacérsela más difícil, en lugar de atenderlo como a un príncipe y llevarle el café en el pocillo de los cumpleaños. No te va a beneficiar en nada mostrar-le tanta intimidad. Cuando nazca su hijo esta historia se va a terminar y te vas a quedar

Carola se levantó y sacó de la pequeña he-ladera que estaba en un rincón otra botella

-Gracias, no quiero más -dijo Clarita. —Apenas un poco, este horno no se pue-de soportar —Y sin esperar la respuesta vol-có el líquido en el vaso de Clarita. —Es bueno echarle un poco de ginebra.

Te hincha menos la panza.

—Podrían al menos poner un ventilador.

Aquí cada vez se trabaja peor. Carola se levantó y fue hasta la pileta. So-

bre un costado había dos cepillos para dien-tes. Tomó uno de ellos, le colocó pasta encima y se los cepilló hasta formar una com-pacta espuma blanca. Clarita acercó su cara al espejo.

—Tengo la cara terrible —dijo. Y juntó la punta de los dedos índice de cada mano sobre un puntito negro, entre ceja y ceja, pero desvió la mirada hacia un costado.

—¡Mirá cómo tengo las uñas! Te hice ca-

y me quedaron horribles. Carola, que estaba reclinada sobre la pi-

leta, giró la cabeza hacia atrás y se quedó mi-rando el espejo con la boca llena de espuma.

—Estaba pensando... —se dio vuelta pa-ra escupir la pasta sobre la pileta—, estaba pensando que no voy a vivir más mintiendo
—ahuecó la palma de la mano para juntar un poco de agua y se la llevó a la boca para hacerse un buche.

 Voy a ser honesta y sincera con lo que me pasa sin tener miedo a nada. Si estoy con un hombre voy a decirle: Cuando deje de quererte te diré: Dejé de quererte, y si algu-na vez aparece otra persona no voy a men-tirle, voy a decirte: Hay otro hombre, y vas a comprenderme

Clarita dejó la lima de las uñas sobre la mesa que estaba debajo del espejo y entre-

.Suena como una película de Truffaut

-Creo que se lo escuché decir a Jeanne Moreau y pienso igual... perfectamente po-

dría haberlo dicho yo.

—Sería fantástico si no corrieras el riesgo de recibir un sopapo.

-;Aaahhh! ¡Si hubiera directores que le

hagan decir esos textos!

-Ya conocés la respuesta de ellos: ¡Si h biese actrices que pudieran decirlos así!.

—¡Tengo hambre!

cenario —Carola rió—. ¡Te imaginás! E trar para la escena, mirar a los ojos Eduardo y, cuando la gente está esperanque digas algo, ¡paff! lanzás un vómito.

Sería un acto verdaderamente orgánic Los críticos dirían: Ese actor entrega t

do su interior.

—Clarita... ¿Y si me está mintiendo? ¿P qué nos aferramos a la idea de que algui que le miente a otra persona nos dice la ve dad? ¿Y si me está mintiendo a mí y le es diciendo la verdad a su esposa?

—A ver... cómo sería... El dice a su esp sa: me acuesto con otra mujer mientras e peramos que llegue tu parto. No... no i

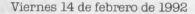
suena.
—¡Idiota! ¡Sos una idiota! Digo si i
miente, si me dice que me quiere y no r
quiere. A mi no me preocupa que duerr
con la esposa. Yo no quiero ser la espos
Yo prefiero ser la otra, porque los hombi
están más contentos con la otra. El dia
que te convertis en la esposa, van corrien que te convertis en la esposa, van corriena a pasarlo bien con la otra.

La puerta del camarín se abre, apenas p

ra que una cabeza se asome.

—¡Dos minutos! —dice, y vuelve a cerr la puerta.

-Carola, terminá de vestirte - dice C



HABIA ALGO QUE LE HACIA OLVIDAR **AQUELLA FRASE**

Por Daniel Karp

Daniel Karp nació en Buenos Aires el 12 de agosto de 1949. Multifacético, estudió música, arquitectura, dirección teatral y fotografía.

En 1974 comenzó su carrera cinematográfica, en la

arola colgó el auricular del aparato que estaba en el pasillo y entró rápi -Tu amigo se fue al cine v vuelve

ro de una hora -me dijo. Mi amigo" es tu marido, le digo. Me revientan las mujeres que dicen 'tu amigo" a su marido

-Tipico de los matrimonios. Gozan hablando mal del otro en público -comentó Clarita mirándola a través del espejo?

-Yo no sé por que no se separan -A propósito, a vos te parece que tengo que esperarlo. El me dice que va a hablar con su mujer. ¿Vos creés que ella ya sabe?

-Las mujeres nos damos cuenta de todo Carola se echó hacia atrás en la silla y estiró el brazo hasta alcanzar el vestido que es taba colgado en la puerta de un pequeño ropero, a sus espaldas

-¡Puta!, es el segundo par de medias que rompo en una semana.

-Debieras pasarle la cuenta al productor Estas sillas deben ser las que su mujer le ti-

Lo peor es que ahora se me ve la pierna

-Sacate las medias

-¡Estás loca! Prefiero zurcirlas, de lejos la gente no ve nada. Odio tener las piernas blancas, pero con estas funciones no tengo tiempo ni para sentarme en la plaza.

-¿Querés que tomemos otra cerveza? Hace tanto calor!

-Bueno, después de todo el alcohol te ha-

.... Aver vino Miguel a casa para leerme un texto de Marguerite Duras. Dice que cuando lo levó por primera vez se le revolvió el estómago. Quería que lo ensayemos. -Miguel siempre con esas cosas, no para

-Pero lo peor es que era bueno y me en-

gancho hasta las cinco de la mañana. -¡Y después va hasta su casa que es tan

-Y una se queda preocupada pensando que puede pasarle algo en la ruta. No sé có.

mo su mujer lo soporta, debe ser un ángel. Clarita dio un repentino salto atrás y con el taco de su zapato aplastó una cucaracha

que pasó por debajo de la mesa,

-¿Cómo la viste? Si estabas tan concen-

que trabajó como cameraman y como director de fotografía. Además incursionó en la publicidad y en la televisión. Actualmente prepara un libro de relatos, dos de los cuales se adelantan a continuación.

-Es que las cucarachas me repugnan. Cuando estuve en Paraguay, todas las noches se paseaban como si tal cosa por el ho tel. No podía dormir pensando en que pudieran treparse a la cama... me obsesionan.

—¿Sabés qué me contó un tipo el otro día?

Clarita miró expectante a través del espejo -Estábamos hablando de.. acuerdo! y de golpe me dice: "Cada vez que entro en el baño y levanto la tapa del inodo

ro, tengo miedo de que me salte una rata y me muerda el bicho". Me quedé helada. -Clarita, ¿vos creés que la mujer sabe que él está conmigo?

-No sé... a ver, pensemos al revés. Si vos estás embarazada y tu marido está con otra, te darias cuenta?

Carola se aproximó al espejo, apoyó su dedo índice sobre el párpado superior y lo le-vantó hasta que el ojo le quedó inmensamente grande. Tomó un pañuelo de papel y apo-yó con cuidado uno de los bordes sobre el globo blanco hasta que una pequeña parti-cula de rimmel se adhirió en él.

-¡Es que me da tanto! -Carola... -la miró durante un instante sin hablar

-: Sí? -preguntó Carola.

-Creo que sos vos la que da y no él a vos, como decis. Debieras hacérsela más dificil. llevarle el café en el pocillo de los cumpleaflos. No te va a beneficiar en nada mostrarle tanta intimidad. Cuando nazca su hijo esta historia se va a terminar y te vas a quedar

Carola se levantó y sacó de la pequeña heladera que estaba en un rincón otra botella de cerveza.

-Gracias, no quiero más -dijo Clarita. -Apenas un poco, este horno no se puede soportar -Y sin esperar la respuesta volcó el liquido en el vaso de Clarita.

-Es bueno echarle un poco de ginebra Te hincha menos la panza,

-Podrian al menos poner un ventilador. Aqui cada vez se trabaja peor. Carola se levantó y fue hasta la pileta. So-

bre un costado había dos cepillos para dientes. Tomó uno de ellos, le colocó pasta ende recibir un sopapo cima v se los cepilló hasta formar una com hagan decir esos textos!

Clarita acercó su cara al espejo -¡Tengo hambre!

la punta de los dedos índice de cada mano obre un puntito negro, entre ceja y ceja, pe ro desvió la mirada hacia un costado -¡Mirá cómo tengo las uñas! Te hice ca-

so y me quedaron horribles. Carola, que estaba reclinada sobre la pileta, giró la cabeza hacia atrás y se quedó mi-

rando el espejo con la boca llena de espuma. —Estaba pensando... —se dio vuelta pa-ra escupir la pasta sobre la pileta—, estaba pensando que no voy a vivir más mintiendo
—ahuecó la palma de la mano para juntar un poco de agua y se la llevó a la boca para hacerse un buche.

-Voy a ser honesta y sincera con lo que me pasa sin tener miedo a nada. Si estov con un hombre voy a decirle: Cuando deje de quererte te diré: Dejé de quererte, y si algu na vez aparece otra persona no voy a mentirle, voy a decirte: Hay otro hombre, v var

Clarita dejó la lima de las uñas sobre la mesa que estaba debajo del espejo y entrecerró los ojos.

.. Suena como una película de Truffaut

-Creo que se lo escuché decir a Jeanne Moreau y pienso igual... perfectamente po-dría haberlo dicho yo.

-Sería fantástico si no corrieras el riesgo -¡Aaahhh! ¡Si hubiera directores que le

-Ya conocés la respuesta de ellos: ¡Si hubiese actrices que pudieran decirlos asíl..

-La cerveza me llena el estómago, si como algo ahora creo que vomitaria en el es-cenario —Carola rió—. ¡Te imaginás! En-trar para la escena, mirar a los ojos de Eduardo y, cuando la gente está esperando que digas algo, ¡paff! lanzás un vómito.

-Sería un acto verdaderamente orgánico -Los críticos dirian: Ese actor entrega to

do su interior. -Clarita... ¿Y si me está mintiendo? ¿Por qué nos aferramos a la idea de que algujer que le miente a otra persona nos dice la ver dad? ¿Y si me está mintiendo a mí y le está diciendo la verdad a su esposa?

-A ver... cómo sería... El dice a su espo-sa: me acuesto con otra mujer mientras esperamos que llegue tu parto. No... no me

-¡Idiota! ¡Sos una idiota! Digo si me miente, si me dice que me quiere y no me quiere. A mi no me preocupa que duerma con la esposa. Yo no quiero ser la esposa Yo prefiero ser la otra, porque los hombres están más contentos con la otra. El día en que te convertis en la esposa, van corriendo

a pasarlo bien con la otra. La puerta del camarin se abre, apenas para que una cabeza se asome.

¡Dos minutos! -dice, y vuelve a cerrar -Carola, terminá de vestirte -dice Cla-Tengo miedo -Vamos, ¿qué te pasa?

 —No sé, de repente tengo miedo, estoy cansada de hacer todas las noches lo mismo, no le encuentro sentido a lo que digo, hablo como si fuera un loro, no entiendo las nalabras. Parece como si tuviera que hablar por la boca de un loco que se sienta frente a un vida, todas las noches. ¿No es una locura?. No es divertido?

-No te despintes la cara, no, menal -Clarita le corrige el rimmel.

-Así está meior -Olvidé qué es lo que tengo que decir al entrar, estoy terrible... Me parece que voy

a vomitar. -No nena, tranquila. Repeti conmigo: me gustan los hombres de papel, pero prefiero que dejen su mochila afuera, en lugar de descargar sus gritos en la casa. Eso es lo que tenés que decir cuando entrás. Te aproximás a Eduardo como para besarlo, mejor dicho él cree que te acercás para besarlo. Te detenés, lo mirás a los ojos y, sin desviar la mirada, le decis todo eso.

-Me gustan los hombres de papel. -Carola tuvo un pequeño acceso de risa. Clarita la tomó de la mano, abrió la puerta del camarin y salieron atravesando el pasadizo que desembocaba en el escenario.

-Asi nena, asi vamos -le dijo cariñosamente. Se agachó para comprobar que no se le viera la media corrida y le dijo: Estamos

Verano/2/3

¿POR QUE SANGRA **EL CUERPO?**

so un poco duro y no quería devolvernos el

dinero que le habíamos dejado. Mientras

conversaba con el tipo, Ela salió a la calle

me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería

darle a entender que no había manera de ha

cer razonar a Ela cuando se ponía neurótica

dinero porque no iba a lograr que Ela vol

viese a entrar a la habitación que nos había

asignado, ni a ninguna otra de todo ese ho-

tel. Creo que el hombre tuvo ganas de pe-

garme, pero abrió un cajón y sacó el dinero

Supuse que en ese mismo cajón tenía un re

contramos otro hotel. Era un edificio cua

medida que transcurren los veranos. El in

mobiliario era de un mal gusto aterrador

Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se re

la pendiente del médano había un bar que

se llamaba El Dorado. Me senté en una me

ver a Ela que tomaba sol mientras yo inten

taba por enésima vez leer la primera página

de una novela. Frente a la ventana, como en

una pantalla de cine, desfilaban mujeres her

mosas que se aproximaban hasta un primer

mi camara fotográfica. Tomé unas cuantas

fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro

de Modigliani. Tomaba sol de costado. Te

nía un codo incrustado en la arena y la ca-

beza apoyada sobre la palma de su mano. La

cara dirigida hacia el cielo para recibir ple

namente el sol. Repentinamente se levantó

vino hasta la ventana en un solo movimier

-Es mejor que nos separemos -dijo con naturalidad como si se tratase de un tema lar-

gamente conversado cuya conclusión bubie

se quedado pendiente. Envolvió su cabeza

con la toalla como si fuera una mujer árabe

de manera que podia verle solamente los ojos

y desapareció del recuadro de la ventana. To-

mé todavia un café más v después fui a bus

carla. No estaba en el hotel. Sus cosas esta

ban desparramadas sobre la cama y el cuar

to había quedado impregnado de olor a per-

fume. Sobre el espejo del baño encontré, di

bujado con pasta dentifrica, un enorme ge-

nital y una frase que decia: "¡Te quiero, Baby". Me meti bajo la ducha. Al desves-

tirme, tuve la precaución de sacudir la are-na que había quedado adherida a mis zapa-

tillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba en-

trar al cuarto y pisar arena o encontrarla en

tre las sábanas cuando se metia en la cama.

Después salí a caminar. La encontré en la

una carpa para protejerse del viento mien-

tras miraba el mar

playa cuando anochecía. Se había metido en

-Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una

noche tan linda! -dijo apenas mę vio. Casi

había anochecido y no se escuchaba ningu-

na voz dentro del salón. El mozo limpiaba

unas copas detrás de la barra. Levantó im-

perceptiblemente los ojos para ver quién ha-

oia entrado. Nos sentamos junto a una ven-

tana. Sobre el horizonte crecian nubes oscu-

ras bajo la última luz del día. Ela sacó un

rigarrillo del atado. En medio de aquel si-

encio se escuchó la explosión del fósforo a

encenderse y, a los pocos segundos, el olor

del tabaco inundó el lugar. Afuera la oscu-

ridad era total. Apenas el reflejo amarillen

to, Ela podía hacer esas cosas.

Por ese entonces, vo solia estar pegado a

plano y luego desaparecían.

Caminamos unas cuadras hasta que en

Así que sería mejor que nos devolviese el

me pegaban al volante del auto. -¿Por qué no vamos a darnos un baño en alguna pileta? —propuse.
—Sería fantástico —respondió Fla- Va era de noche cuando llegamos al polideportivo. Pasé rápida mente por el vestuario y llegué hasta el natatorio. Al rato, Ela atravesó la puer ta vestida con un bikini pequefisimo y un gorro de goma de esos que son obligatorios en los natatorios municipales. No había casi na-die, así que pudimos nadar tranquilamente. El agua estaba fria y eso me cambió el humor. En el camino de regreso compramos comida en una rotisería y organizamos una cena en la terraza de la casa de Ela.

Después, nos sentamos en unas reposeras y miramos el cielo hasta ver estrellas fugaces. Estuvimos conversando mucho tiempo hasta que llegó la hora en la que, si uno mira la ciudad desde un piso alto, cree escuchar el sonido de la respiración de los que duermen. Entonces puede apoderarse de nosotros el sentimiento que tiene un padre cuando, de noche, se pasea por la casa oscura constatando que está todo en orden Cuando amanecia, la balaustrada blanca de la terraza se iluminó recortándose contra el cielo que aún permanecía oscuro. Tuve una itina sensación de vértigo. Fue como el estallido de un rincón encansulado de la memoria. Entonces me envolvió el olor del mar. Pude ver un farallón blanco tocado con la misma luz que resaltaba el muro de la terraza en donde yo estaba. Más abajo, sobre la ladera que descendía hacia el mar, un auto convertible avanzaba por el camino. El ruido de las gomas aprisionando el ripio se fundía con el de las olas. Sus faros se apagaron antes de iluminar la casa. Un hombre descendió y cruzó la oscuridad de los canteros. Después saltó por sobre el parapeto blanco que lo separaba de la mujer

Algunos días más tarde, decidimos viaja hacia el mar. Durante el trayecto, Ela estuvo bastante nerviosa porque le da miedo viajar en ómnibus.

Llegamos hacia el mediodía y cruzamos todo el pueblo arrastrando las valijas a pleno sol. Buscábamos un hotel barato. Encontramos uno que quedaba sobre la playa. Nos entusiasmó que fuese una construcción de madera. Tenía dos pisos y parecía una casa de Nueva Orleáns. Nos recibió un tipo flaco y alto, bastante bien vestido con una camisa blanca y un pantalón de alpaça azul y, nos

ofreció una habitación en el altillo El cuarto tenía una ventana por la que se accedía al balcón que, estaba casi encima de las carpas de la playa. El cuarto de baño estaba totalmente destruido y no tenía agua ca-liente. Bajé hasta la conserjería. El tipo que nos había atendido desapareció detrás de unas cortinas color sangre. Por un pasillo lateral asomó una mucama cargando una pila de toallas blancas.

-No hay agua caliente -le dije. -Están arreglando el tanque, deberá te-

ner paciencia hasta mañana -me contestó. Volví a la habitación. Ela estaba tirada de espaldas sobre la cama. Por la ventana podia verse el cielo. No había una sola nube-Parecia un fondo pintado como un decorado de cine. Ela me pidió que abriese la ventana porque queria escuchar el ruido del mar y dormir un rato antes de bajar a la playa. Apenas la entreabri, entró una abeja que dio un giro por el cuarto y golpeó contra las pa-

Ela comenzó a gritar y a pedirme que la antara. Sentia verdadero terror por las abejas. Agarré una camisa y la agité provocando remolinos de aire. La abeja chocó contra el vidrio, antes de salir por el espacio que quedaba entre las dos hojas de la ventana. Entonces Ela se incorporó y quedó sentada

to del farolito que colgaba sobre la puerti se difuminaba a través de los vidrios y realtra la pared. Dijo que jamás podría dormi uila con la ventana abierta porque es zaha el color rojo del cabello de Ela. taría todo el tiempo con miedo a que regre sara la abeja. Así que decidimos irnos del ho tel. El hombre que nos había recibido se pu

se llenó de personas que ocuparon las me-sas. Estábamos próximos a las fiestas de fin de año, y era una buena excusa para que las mesas se llenaran de botellas de champagne. Ela fue hasta el baño y demoró bastante en regresar. Cuando estuvo nuevamente sen tada me tomó de la mano y se recostó sobre la mesa en medio de las botellas y copas. Tuvo que abrir muy grandes los ojos para mi rarme desde donde estaba y murmuró: "Es lov menstruando"

Desde atrás nuestro se escuchó el ruido de algunas copas que rodaban por el suelo. Los tipos nos estaban mirando y les hice un gesto de por qué no se meten en sus pro vidas.

Regresamos al alba y dormimos hasta la tarde. Cuando me desperté bajé hasta el comedor. Necesitaba tomar un alkaselser. Ela apareció por la escalera y vino a sentarse rente a mi. Arrojó las llaves de la habita drado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a ción sobre la mesa y se levantó para pedir una comunicación telefónica. Habló con su terior estaba prolijamente ordenado, pero el madre v se hizo la nena durante un rato. Des pués me miró y subió las escaleras corrien do. Cuando regresé al cuarto se que jaba de costó sobre la arena para tomar sol. Sobre un intenso dolor de cabeza. Apoyé la palma de mi mano sobre su frente y se durmió pro fundamente. Otra vez anochecia y en esta úl sa junto a una ventana desde la cual podía tima hora yo habia fumado como un perro

Caminé hasta la avenida. No se veía mu cha gente dando vueltas. Al pasar por un lo cal de videogames vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendi ninguno porque sentia hamnia ganas de verle la cara a nadie mastican do. Me meti en un lugar que estaba medio vacio y pedi una hamburguesa. El local estaba tapizado con azulejos de vidrio verde y el suelo parecia revestido de una pasta ne

Por todas partes había servilletas de na pel con manchas de aceite.

El mozo no parecía muy preocupado por atenderme, v se dedicó a sacar a la vereda unos cuantos tachos llenos de basura que destilaban un tufo ácido y repulsivo

Al regresar al cuarto del hotel escuché como Ela se queiaba mientras dormia. Me senté a su lado y puse la palma de mi mano sobre su mejilla pero senti que la rechazaba Sali al balcón y me senté en el piso. Estaba frio. Me adormeci escuchando el ruido del mar. Sonaba como un inmenso lavarronas peando contra una costa y la otra. Ela se des

pertó en medio de una pesadilla. Me llamó y me pidió que me sentara a si lado. Me hizo una seña con la mano como si quisiera decirme un secreto. Me recliné so

-¿Por que sale sangre del cuerpo? -pre guntó.

De a poco su respiración se tranquiliza hasta dormirse nuevamente

Yo me sentia agotado y me acosté boca

abajo sobre la cama.

No sé cuántas horas o minutos dormi has-

ta que la alarma del despertador me sorprendió de tal manera que de un salto quedé re pentinamente sentado sobre la cama. Ela se incorporó y rió a carcajadas. Tenja esas co sas. Después me hizo masajes sobre la espalda. La ventana del cuarto estaba abierta y las olas parecian chocar contra el edificio Durante un tiempo largo escuché ese ruido hasta que, delante de mis ojos, apareció un farallón blanco recortándose contra un cielo azul intenso. Sobre la ladera de la monta na un auto avanzaba con los faros encendi dos. Después, un hombre trepó por sobre la baranda blanca que lo separaba de la mu

ViNuela.

-Tengo miedo.

-Vamos, ¿qué te pasa?
-No sé, de repente tengo miedo, estov cansada de hacer todas las noches lo mismo, no le encuentro sentido a lo que digo, hablo como si fuera un loro, no entiendo las pala bras. Parece como si tuviera que hablar por la boca de un loco que se sienta frente a un papel y yo convierto toda esa mierda en mi vida, todas las noches. ¿No es una locura?

-No te despintes la cara, no, ¡nena! -Clarita le corrige el rimmel.

Así está mejor.

-Olvidé qué es lo que tengo que decir al entrar, estoy terrible... Me parece que voy a vomitar.

No nena, tranquila. Repeti conmigo: me gustan los hombres de papel, pero prefiero que dejen su mochila afuera, en lugar de descargar sus gritos en la casa. Eso es lo que te-nés que decir cuando entrás. Te aproximás a Eduardo como para besarlo, mejor dicho: él cree que te acercás para besarlo. Te detenés, lo mirás a los ojos y, sin desviar la mirada, le decís todo eso.

-Me gustan los hombres de papel.. Carola tuvo un pequeño acceso de risa. Clarita la tomó de la mano, abrió la puerta del camarín y salieron atravesando el pasa-

dizo que desembocaba en el escenario.

—Así nena, así vamos —le dijo cariñosamente. Se agachó para comprobar que no se le viera la media corrida y le dijo: Estamos en el teatro

¿POR QUE SANGRA CUERP

olvíamos del centro, y las manos se me pegaban al volante del auto.

—¿Por qué no vamos a darnos un baño en alguna pileta? —propuse.
—Sería fantástico —respondió Ela—. Ya era de noche cuando llegamos al polideportivo. Pasé rápida-mente por el vestuario y llegué hasta el natatorio. Al rato, Ela atravesó la puerta vestida con un bikini pequeñísimo y un gorro de goma de esos que son obligatorios en los natatorios municipales. No había casi nadie, así que pudimos nadar tranquilamente. El agua estaba fría y eso me cambió el hu-mor. En el camino de regreso compramos comida en una rotisería y organizamos una ce-na en la terraza de la casa de Ela.

Después, nos sentamos en unas reposeras y miramos el cielo hasta ver estrellas fugaces. Estuvimos conversando mucho tiempo hasta que llegó la hora en la que, si uno mi-ra la ciudad desde un piso alto, cree escuchar el sonido de la respiración de los que duermen. Entonces puede apoderarse de nosotros el sentimiento que tiene un padre cuando, de noche, se pasea por la casa oscura constatando que está todo en orden. Cuando amanecía, la balaustrada blanca de la terraza se iluminó recortándose contra el cielo que aún permanecía oscuro. Tuve una repentina sensación de vértigo. Fue como el estallido de un rincón encapsulado de la memoria. Entonces me envolvió el olor del mar Pude ver un farallón blanco tocado con la misma luz que resaltaba el muro de la terraza en donde yo estaba. Más abajo, sobre la ladera que descendía hacia el mar, un auto convertible avanzaba por el camino. El rui-do de las gomas aprisionando el ripio se fundía con el de las olas. Sus faros se apagaron antes de iluminar la casa. Un hombre descendió y cruzó la oscuridad de los canteros. Después saltó por sobre el parapeto blanco que lo separaba de la mujer...

Algunos días más tarde, decidimos viajar hacia el mar. Durante el trayecto, Ela estuvo bastante nerviosa porque le da miedo viajar en ómnibus.

Llegamos hacia el mediodía y cruzamos todo el pueblo arrastrando las valijas a ple-no sol. Buscábamos un hotel barato. Encontramos uno que quedaba sobre la playa. Nos entusiasmó que fuese una construcción de madera. Tenía dos pisos y parecía una casa de Nueva Orleáns. Nos recibió un tipo flaco alto, bastante bien vestido con una camisa blanca y un pantalón de alpaca azul y, nos ofreció una habitación en el altillo.

El cuarto tenía una ventana por la que se accedía al balcón que, estaba casi encima de las carpas de la playa. El cuarto de baño es-taba totalmente destruido y no tenía agua caliente. Bajé hasta la conserjería. El tipo que nos había atendido desapareció detrás de unas cortinas color sangre. Por un pasillo la teral asomó una mucama cargando una pila de toallas blancas.

No hay agua caliente -le dije.

—Están arreglando el tanque, deberá te-ner paciencia hasta mañana —me contestó.

Volví a la habitación. Ela estaba tirada de espaldas sobre la cama. Por la ventana podía verse el cielo. No había una sola nube. Parecía un fondo pintado como un decorado de cine. Ela me pidió que abriese la ventana porque quería escuchar el ruido del mar y dormir un rato antes de bajar a la playa. Apenas la entreabrí, entró una abeja que dio un giro por el cuarto y golpeó contra las pa-

Ela comenzó a gritar y a pedirme que la espantara. Sentía verdadero terror por las abe-jas. Agarré una camisa y la agité provocando remolinos de aire. La abeja chocó con-tra el vidrio, antes de salir por el espacio que quedaba entre las dos hojas de la ventana. Entonces Ela se incorporó y quedó sentada

tra la pared. Dijo que jamás podría dormir tranquila con la ventana abierta porque estaría todo el tiempo con miedo a que regre-sara la abeja. Así que decidimos irnos del ho-tel. El hombre que nos había recibido se puso un poco duro y no quería devolvernos el dinero que le habíamos dejado. Mientras conversaba con el tipo, Ela salió a la calle y me dejó solo. Tuve que inventar una buena excusa. Creo que murmuré algo acerca del carácter imprevisible de las mujeres. Quería darle a entender que no había manera de ha-cer razonar a Ela cuando se ponía neurótica.

Así que sería mejor que nos devolviese el dinero porque no iba a lograr que Ela volviese a entrar a la habitación que nos había asignado, ni a ninguna otra de todo ese hotel. Creo que el hombre tuvo ganas de pe-garme, pero abrió un cajón y sacó el dinero. Supuse que en ese mismo cajón tenía un re-

Caminamos unas cuadras hasta que encontramos otro hotel. Era un edificio cuadrado, de esos que se construyen sin ningún tipo de planificación, y que van creciendo a medida que transcurren los veranos. El interior estaba prolijamente ordenado, pero el mobiliario era de un mal gusto aterrador. Por la tarde fuimos hasta la playa. Ela se recostó sobre la arena para tomar sol. Sobre la pendiente del médano había un bar que se llamaba El Dorado. Me senté en una me sa junto a una ventana desde la cual podía ver a Ela que tomaba sol mientras yo inten-aba por enésima vez leer la primera página de una novela. Frente a la ventana, como en una pantalla de cine, desfilaban mujeres hermosas que se aproximaban hasta un primer plano y luego desaparecían.

Por ese entonces, yo solía estar pegado a mi cámara fotográfica. Tomé unas cuantas fotografías de Ela. Me recordaba un cuadro de Modigliani. Tomaba sol de costado. Tenía un codo incrustado en la arena y la ca-beza apoyada sobre la palma de su mano. La cara dirigida hacia el cielo para recibir plenamente el sol. Repentinamente se levantó vino hasta la ventana en un solo movimien-

to, Ela podía hacer esas cosas.

—Es mejor que nos separemos naturalidad como si se tratase de un tema largamente conversado cuya conclusión hubiese quedado pendiente. Envolvió su cabeza con la toalla como si fuera una mujer árabe de manera que podía verle solamente los ojos y desapareció del recuadro de la ventana. Tomé todavía un café más y después fui a buscarla. No estaba en el hotel. Sus cosas esta-ban desparramadas sobre la cama y el cuarto había quedado impregnado de olor a per-fume. Sobre el espejo del baño encontré, dibujado con pasta dentífrica, un enorme ge-nital y una frase que decia; "¡Te quiero, Baby". Me meti bajo la ducha. Al desves-tirme, tuve la precaución de sacudir la arena que había quedado adherida a mis zapa-tillas sobre el inodoro. A Ela le irritaba entrar al cuarto y pisar arena o encontrarla en-tre las sábanas cuando se metía en la cama. Después salí a caminar. La encontré en la playa cuando anochecía. Se había metido en una carpa para protejerse del viento mientras miraba el mar

Comamos en El Dorado. ¡Va a ser una noche tan linda! - dijo apenas me vio. Casi había anochecido y no se escuchaba ningu-na voz dentro del salón. El mozo limpiaba unas copas detrás de la barra. Levantó im-perceptiblemente los ojos para ver quién ha-bía entrado. Nos sentamos junto a una ventana. Sobre el horizonte crecían nubes oscuras bajo la última luz del día. Ela sacó un cigarrillo del atado. En medio de aquel silencio se escuchó la explosión del fósforo al encenderse y, a los pocos segundos, el olor del tabaco inundó el lugar. Afuera la oscu-ridad era total. Apenas el reflejo amarillen-

se difuminaba a través de los vidrios y realzaba el color rojo del cabello de Ela

Sin que nos diésemos cuenta, El Dorado se llenó de personas que ocuparon las me sas. Estábamos próximos a las fiestas de fin de año, y era una buena excusa para que las mesas se llenaran de botellas de champagne. Ela fue hasta el baño y demoró bastante en regresar. Cuando estuvo nuevamente sentada me tomó de la mano y se recostó sobre la mesa en medio de las botellas y copas. Tuvo que abrir muy grandes los ojos para mi-rarme desde donde estaba y murmuró: "Es-

toy menstruando". Desde atrás nuestro se escuchó el ruido de algunas copas que rodaban por el suelo. Los tipos nos estaban mirando y les hice un gesto de por qué no se meten en sus propias

Regresamos al alba y dormimos hasta la tarde. Cuando me desperté bajé hasta el comedor. Necesitaba tomar un alkaselser. Ela apareció por la escalera y vino a sentarse frente a mi. Arrojó las llaves de la habitación sobre la mesa y se levantó para pedir una comunicación telefónica. Habló con su madre y se hizo la nena durante un rato. Después me miró y subió las escaleras corriendo. Cuando regresé al cuarto se quejaba de un intenso dolor de cabeza. Apoyé la palma de mi mano sobre su frente y se durmió pro-fundamente. Otra vez anochecía y en esta úl-

tima hora yo habia fumado como un perro. Caminé hasta la avenida. No se veia mucha gente dando vueltas. Al pasar por un lo-cal de videogames vi a unos chicos boxeando contra una máquina. Compré cigarrillos, pero no encendí ninguno porque sentía hambre. Quería comer cualquier cosa pero no te-nía ganas de verle la cara a nadie masticando. Me metí en un lugar que estaba medio vacío y pedí una hamburguesa. El local estaba tapizado con azulejos de vidrio verde y el suelo parecía revestido de una pasta negruzca.

Por todas partes había servilletas de papel con manchas de aceite.

El mozo no parecía muy preocupado por atenderme, y se dedicó a sacar a la vereda unos cuantos tachos llenos de basura que

destilaban un tufo ácido y repulsivo. Al regresar al cuarto del hotel escuché co-mo Ela se quejaba mientras dormía. Me senté a su lado y puse la palma de mi mano sosu mejilla pero senti que la rechazaba. Salí al balcón y me senté en el piso. Estaba frío. Me adormecí escuchando el ruido del mar. Sonaba como un inmenso lavarropas en cuyo interior el océano iba y venía golpeando contra una costa y la otra. Ela se des-

pertó en medio de una pesadilla. Me llamó y me pidió que me sentara a su lado. Me hizo una seña con la mano como si quisiera decirme un secreto. Me recliné sobre ella.

¿Por qué sale sangre del cuerpo? - pre guntó.

De a poco su respiración se tranquilizó hasta dormirse nuevamente.

Yo me sentía agotado y me acosté boca abajo sobre la cama.

No sé cuántas horas o minutos dormí hasta que la alarma del despertador me sorpren-dió de tal manera que de un salto quedé repentinamente sentado sobre la cama. Ela se incorporó y rió a carcajadas. Tenía esas co-sas. Después me hizo masajes sobre la espalda. La ventana del cuarto estaba abierta y las olas parecían chocar contra el edificio. Durante un tiempo largo escuché ese ruido hasta que, delante de mis ojos, apareció un farallón blanco recortándose contra un cielo azul intenso. Sobre la ladera de la montaña un auto avanzaba con los faros encendidos. Después, un hombre trepó por sobre la baranda blanca que lo separaba de la muLA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

27. Panaderos

En tarde lluviosa, Viviana viaja en óm-nibus. Está sola. Ella se sintió mejor y

mious. Esta sola. Ella se sinno mejor y quiso salir de la ciudad , volver al río natal. El ómnibus es grande y silencioso. La ruta cruza la llanura; hay casas aisladas, con pequeñas arboledas. Viviana reclina el asiento, vuelve la cara hacia la ventanilla por donde corren gotas de lluvia, como lágrimas. Ella está mucho mejor. Quizá después de su partida llegó Lucio: ella se sentía bien, le dijeron, ella nó quiso quedarse más. Lucio adi-vinó hacia dónde había partido y decidió alcanzarla. Por suerte había cobrado un traba-jo grande de electricista, tenía dinero. Tuvo que parar varios taxis, no aceptaban un viaje que para varios taxis, no aceptaban un viaje tan largo. Al fin uno, un taxista viejo y cal-mo, estuvo dispuesto a llevarlo, no tanto por el dinero como porque es cuestión de vida o muerte, insistía Lucio que siempre exagera.

El ómnibus corre suave. El taxi ya ha sali-do de la ciudad. Lucio, muy nervioso, le habla al taxista, él iba a contarle a Viviana que solucionó el problema de la batería para la bicicleta voladora: va a fabricarla con panade-ros ionizados. Los panaderos que vuelan por el campo, con mucho trabajo es posible en-trelazarlos en gran cantidad y, después de ioni-zarlos, conectarlos a los pedales de la bicicleta voladora: así conservan la energía, y desde luego son livianísimos. Lucio encontró esta solución gracias a Hermógenes, el inventor que vive en un rancho. Viviana se vuelve en su asiento. Recuerda que una vez, cuando salía con Claudio, él la llevó a ver una película en una sala chiquita de estudiantes, sobre un hombre que se llamaba Hermógenes y era un genio y vivía en un rancho. Eso fue al princi-pio; tal vez Claudio y ella se querían. Viviana recuerda y se entristece, pero qué tonta, si aho-ra lo tiene a Lucio que se acerca en el taxi. Además ya no llueve, las gotas se secan en el vidrio, dejan huellas tenues. Viviana se amo dorra. Lucio casi va saltando en el asiento pero el taxista lo tranquiliza: el taxista fue correse al ómnibus y Lucio la va a esperar en la terminal. El ómnibus corre entre panaderos y cruza unos puentes inmensos pintados de na-ranja, pero Viviana va a otro río. La llanura se ondula, el horizonte es más íntimo. Vivia-na, tranquila, mecida, se duerme. En la terminal, Lucio no está: lo que pasa

es que el auto se descompuso en la ruta, y en-tre el taxista y Lucio lo están arreglando. Anochece. Viviana no tiene ganas de esperar en la terminal. Total, él la va a alcanzar cerca del río. La ciudad no ha cambiado tanto. De todos modos a Viviana sólo le interesa el río. Nadie la reconoce. El camino al río es largo, de tierra; como ella no lleva equipaje y porque se siente mejor, andar no la cansa. Ha empe-zado a llover, pero no es más que una lluvia de verano. Al costado del camino hay unos arbolitos torcidos, Viviana no recuerda cómo se llaman. Cuando llega al río, es noche cerrada y llueve mucho. Hay relámpagos, como fuegos artificiales; truenos. La playa está desier-ta. Lejos, del otro lado del río, a través de la lluvia se ven luces de otro país. Viviana mira hacia atrás: Lucio no ha llegado todavía. Ella tiene frío con la ropa empapada, bajo la llu-via. El agua del río debe estar tibia: Viviana se desnuda bajo la tormenta; dobla la ropa con cuidado y la deja bajo un arbolito. Entra. Sí, el agua del río es tibia y la protege. Y se siente tan bien que, aunque apenas sabe nadar, de-cide ir hasta la otra orilla. La corriente es fuerte. No se ven luces; el río se traga las gotas de lluvia. Un rayo blanco cae del otro lado. Viviana siente que una voz desconocida grita su nombre, y se estremece. Suena un trueno inmenso y otra vez su nombre, pero ¡es la voz de Lucio! Es él, que por fin llegó y entró a buscarla y la llama en la tormenta, y de pronto el grito se hace desesperado, le ha dado un calambre, Lucio tiene un calambre y Viviana lo busca en el rio negro, se orienta por los gri-tos, los gritos cesan, Viviana se horroriza pe-ro Lucio grita de nuevo y ella lo encuentra, lo agarra del pelo, lucha, por suerte logra llevarlo hasta la orilla y lo arrastra fuera del agua. Viviana, desnuda, se monta sobre él, le da aire en la boca con su boca y él reacciona y se abrazan en la lluvia.

Tan fuerte es el abrazo y tan tibio el río de lluvia que Viviana, sólo por un momento, siente que se ahoga

Lucio construirá la bicicleta voladora y, con

Viviana, partirán en vuelo inaugural. Será una Viviana, partiran en vuelo maugural. Sera una mañana de sol. Irán a despedirlos la tía Giadys, y Betti, y Santiago, y hasta el Hombre del Anillo, porque en los folletines los muertos pueden revivir. Desde cualquier azotea subirá la bicicleta y se alejará de la ciudad

MINI-CLIP

de la mentira, bajo el sol, entre los panaderos que, cuando termina el verano, se entremezclan con todo lo que vuela, porque los lleva al aire, porque vienen de plantas despreciadas que siempre nacen otra vez. Algunos están vacios; otros portan todavía su semilla.

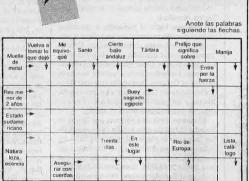
RUCIGRAMA 2 3 4 5 6 7 8 AYUDAS: EGA, ENOL, 9 10 dio./ Voz celta que significa hijo. 11. Bailo./ Hijo de Dédalo.

- Carreteras./ Ladrones, rateros.
- Carreteras./ Ladrones, rateros.
 Que parece tonta.
 Sólidas./ Se aplica al ganado que
- tiene lana
- Aire popular de las Canarias./ Autillo./ Apócope de tanto.
- Río de Alemania y Polonia./ Exis-7. Imploró, suplicó./ Vino medicinal.
- 8. Artículo femenino./ Sin lesión./ Ini-ciales del autor de "La isla de los pingüinos'
- 9. Número que está entre el siete y

10. Dueña, señora./ Cloruro de so-

- Beneficio legal o convencional que produce un capital./ Alabad.
 Siglas inglesas de Estados Uni-dos./ Unidad monetaria de Gre-
- cia. Canturreo./ Dinastía china que rei-nó del 206 a.C. al año 220 d.C. Medida antigua de longitud./ Uni-dad de trabajo en el sistema ce-
- gesimal.

 5. Que les falta sal./ Terminación de los alcoholes./ Preposición: bajo.



SOLUCIONES RESOSTEN MEDSA BUD M

6. Señal horaria./ Río de España.

Agente físico que eleva la tempe-ratura./ Símbolo del einstenio./ Símbolo del litio. Río de Lombardía./ Contenido li-

teral de un escrito. En un jardín, porción rectangular de tierra con flores./ Sufijo: tumor. Río suizo./ Elogiar.

Burlas, bellaquerlas./ Reflector de donde parte luz.

